

10

La novela proletaria

25
CTS

Rodrigo
Soriano



**LA
BOMBA**

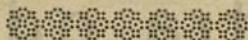
Ayuntamiento de Madrid

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: AUGUSTO VIVERO

Año I



Núm. 10

LA BOMBA

por

RODRIGO SORIANO

Portada de GUY



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID

Nuestra odisea en Villa Cisneros

emocionantísimo relato del brioso confinado, el
ejemplar sindicalista Tomás Cano.

Nuestra odisea en Villa Cisneros

describe con todos pormenores la insurrección a
bordo del «Buenos Aires».

Nuestra odisea en Villa Cisneros

flajela con rudeza a hombres y sistemas.

Este folleto lleva primorosa cubierta en colores y
se avalora con un magnífico prólogo de RAMON
FRANCO.

Ejemplar, **50** céntimos.

Pedidos a reembolso, con el 30 por 100
de descuento, a

EDICIONES LIBERTAD

Roma, 41. - MADRID

Imp. Campos (hijos), Castelar, 30, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Retrato literario de Soriano

Aquí tienes, lector, a Rodrigo Soriano, al eterno rebelde, al constante paladín de la justicia, al que se jugó la vida en cien ocasiones por la causa de la República, y que hoy, ante la increíble mezcolanza de vetusteces que ha sucedido a la Monarquía, continúa pugnando, con todo el fervor de su alma, por el advenimiento de la República.

Soriano es de los pocos que no arrojaron, como lastre inoportuno, su historia de republicanismo integral, de los muy pocos que no se han acomodado en un provechoso derechismo, envuelto en retórica chinchinesca.

Piensa como pensaba. Siente como

sentía. Y se halla donde siempre se le vió.

Es él, siempre él. Por eso está frente a los «otros», republicanos de «doublé», continuadores y perpetuadores de rancias ideológicas que el pueblo quiso desterrar en abril de 1931. Por eso, hoy como ayer, el látigo implacable de Rodrigo Soriano arranca tiras de piel a los claudicadores, a los farsantes, a los hipócritas, a los «sepulcros blanqueados» del monarquismo con gorro frigio y escapulario...

¿Quién no conoce la prosa de Soriano? Tantas tempestades ha promovido, cuando aún eran monárquicos casi todos los que hoy presumen de administradores de la República, que es familiar esa prosa a la mayor parte de los españoles.

Agil y mordaz, tierna y vibrante, a veces sutil—con sutileza de encaje—, a

veces ruda—con rudeza de clava destructora—, la prosa de Soriano el cultísimo, fluye sembrando ironías, agudezas, altos pensamientos, verdades crujientes, lecciones de noble humanitarismo y santa rebeldía. No ha cambiado tampoco. Como el estilo es el hombre, el de Soriano retrata con fuertes perfiles a este «gentleman», que siempre, aún a la hora de las contiendas más ásperas, sabe ir bajo las alas robustas del Arte. En él, la elegancia vuelve más demolidor al ataque.

Vedlo, si no, en La bomba, este primoroso relato de un hecho real que aquí os ofrecemos. Todo el temperamento del gran luchador—cada gran luchador es un gran romántico—vive y bulle en estas páginas, llenas de verdad y hermosura. Son como un ventanal abierto sobre la honda tragedia rusa, tragedia que nos descubre cómo y por qué la re-

volución moscovita no ha quedado reducida a cambiar los colores del oficioso balduque...

La bomba—auténtica joyita literario-política—es una de esas lecturas que hacen meditar. Y entre las meditaciones que sugiere, queda en pie, erguida y vigorosa, la recia figura del hombre que, libre de ambiciones y rebosante de idealidad, sabe seguir pensando y sintiendo como cuando golpeaba con reciedumbre el trono del XIII maldito...

LA BOMBA

I

Sobre el oscuro fondo, de traza gótica y sutiles labores policromadas, aparecía un ángel blanco y rosa, de largo y erguido cuello, y azulinos ojos, rubio como pálido lino... Diríase un ángel-cisne, como el del caballero lohengrinesco, de blancas alas y majestuosa garganta. Pocos pintó con su místico pincel tan espirituales y supraterrénos aquel San Francisco del color, Fra Angélico, que tuvo, sin embargo, en su paleta tintes, ¡trágicos tintes!, para pintar, cruel y minuciosamente, el infernal suplicio de los condenados y de Judas, y vivir en aquel sombrío claustro que dejó, luego, para salir camino del patíbulo aquel

gran anarquizante, destructor de riquezas, iconoclasta de hermosuras artísticas, cuya sombra deambula, aún, como envuelta en llamas y cenizas, por solitarias celdas del convento de San Marcos...

El ángel sonreía, desde la tabla del Museo del Louvre, donde estaba expuesta. Parecía llamarnos como travieso niño, o gorrioncillo volador que gozara la luz y volara por el azul cielo.

Cuando volví un momento la vista al sentir, muy cerca de mí, que hablaban en extraña lengua, pude contemplar a una linda damita...

Un escritor cursi, o cualquier Ginés de Escalante cultivador del merengue y del almíbar en sus azucaradas «Crónicas de salones», para uso de alfonas damitas cavernícolas, hubiera escrito que iba a presenciar «un diálogo entre dos ángeles».

Porque la damita era también rubia y de azules ojos, espiritual, blanquísima, soñadora...

¿Cómo describirla?

Los jabalíes, si tenemos colmillos, no disponemos de borlitas de polvos de arroz, ni de carmíneas barritas, para chafarrinar con ellas teces femeniles o

maquillar suaves rostros volcando un esenciero de amadamadas palabritas...

No era precisamente un ángel, aunque cuando le sobraba el fídem, esa gracia e imán, misteriosos, que valen más en la mujer que la perfección académica.

Pues siendo tan hermosa la Venus de Milo, aun viéndola en carne, renunciaría a un viaje de novios con tan empingorotada señora, magnífico ejemplar de la sosería y la displicencia.

Mi damita no era alta ni baja, ni gruesa ni delgada, ni su cuerpo era perfecto ni su cintura de avispa, ni su garganta de cisne, ni siquiera su nariz era helénica, aun cuando pudiera admirarse en las fronteras de Grecia... Mas su conjunto era algo maravilloso, de fuego inteligente y delicioso en su mirada, como de sacerdotisa impasible ante la vestal llama, de encantadora de serpientes, o de magnífica mártir en el Circo romano...

Mas, al mismo tiempo, aquel rayo de energía, que chispeaba en sus ojos, parecía diluirse en un neblino cielo de inocencia y de misterio, de infinita dulzura. Su boquita era sensual, gordezuelos, comilones

sus labios, pero también cándidos y burloncillos, de travieso niño.

¿Quién era aquella mujer diablesa, vestal, infantil, monstruosa quizás, inocente y pura tal vez, Lucifer y Frá Angélico con faldas?

Hablaba, yo, en español, con un amigo y la damita ¡ en ruso !, en aquella lengua musical alígera y ruda a la vez, que si tiene, en su eufonía, la gracia, vaporosa y misteriosa del árabe, la vaguedad del humo azul de la turquesca pipa, tiene también feroces inflexiones que nos parecen gruñidos de oso en solitarias selvas.

¡ Una rusa y un español ! ¿ A qué aguarda el jefe superior de policía ? ¡ Mil bombas !

He aquí un complot que yo le ofrezco.

Nos miró la damita con curiosidad, y creo que con simpatía, y nosotros a ella. No era nueva para mí esta telegrafía misteriosa del español y el ruso porque nuestra historia y la suya son iguales: Norte brumoso, normando o céltico y Mediodía, radiante, morisco y voluptuoso. Galicia y Riga, Córdoba y Odessa, cruz y turbante, media luna y cruz... Los

escritores rusos, tan helados y cirujanos en su parco estilo, tan sólo parecen entusiasmarse cuando evocan a España. Pouchkine evoca a Don Juan con la gracia de un sevillano. Gógol, imita a Cervantes en sus «Almas muertas» y al «Gran Tacañón». Lope de Vega y su «Fuente Ovejuna» son más populares en Rusia que en España. Y Dostoyewski, el estilista frigorífico y austero, ante el crimen y el suplicio impasible, pues fué descolgado del patíbulo cuando ya el dogal le ahogaba, interrumpe, algunas veces, sus tristonas y enigmáticas novelas para derramar haces de luz, y diamantes refulgentes, sobre la soñada Alhambra; o entona aquel canto a un Don Juan fantástico, aún más sugestivo que el de Tirso y Zorrilla, en «Los Hermanos Karamazov». Don Quijote es protagonista de un reciente drama de mi amigo Lournastschasky, si bien Quijote bolchevique.

Hay, sin duda, una compenetración racial, soñadora, fatalista e impulsiva, entre nuestras almas. Elíseo Reclus dijo «que la vieja España y la vetusta Rusia eran los dos enigmas de la nueva humanidad, ejes del futuro mundo», por lo común de su

historia, lo virgen de sus razas y su personalidad originalísima que fué, siempre, como a contrapelo de la vida histórica y escenográfica de otros pueblos...

Y aquella linda damita era, también, otro enigma.

Con arrobados ojos contemplaba aquellas primitivas pradelas donde el seráfico fraile de Fiésolo había cincelado y plasmado su espíritu niño, impregnando de alma y de místicos perfumes hasta los más menudos objetos de inferior uso que aparecen en sus tablas, así como San Francisco daba voz y vida aun al más inferior insecto. Los panes, los cacharros, los vasos, manteles y cubiertos con que cubren las mesas de sus refectorios aquellos frailecicos rosados y bonachones de la angélica pintura, miniaturados con tan finos y armoniosos colores, tienen la gracia ingenua e infantil y la santidad que la época, y su autor pudieron gozar, cuando el cristianismo lo era y el cavernicolismo hipócrita y tartufo esperaba, en vano, un Torquemada y un Arbués que convirtiera un culto de amor, azul y rosa, en el inquisitorial de sangre y fuego...

La damita nos observaba y pronto, en un relativo francés, que destrozaba, ella, con exquisita gracia, pudimos entendernos... Ella se extasiaba ante aquellas flores de la tabla angélica que parecía destilar aún el frescor y el rocío de la conventual mañana, titilar bajo el tenue rayo de sol que se filtraba por cristalerías multicolores del templo en orgía kaleidóspica de luces... ¡ Con qué unción sus ojitos azules se ensanchaban, se perdía su mirada en lo infinito de aquellos fondos azulados robados al cielo ! Y hablaba, hablaba sin cesar como exaltada mística. A tal punto, que la creímos monja rusa en viaje, figura bizantina arrancada de un retablo del monasterio de San Wladimiro.

Mas, de pronto, pareció transfigurarse, cuando le hablábamos de España, que conocía. No la veía, no, como aquellas apavadas inglesas, las más feas de Inglaterra, que desfilan cual colegio de asiladas por las Catedrales y Museos, repitiendo lecciones en Londres aprendidas, ante los cuadros de Murillo: aquellas insustanciales frases que, con aire de dómine y gangosa voz de sochantre, mascullaba su conductor

pavero, el pedante agente de la casa Coók o del Hospital turístico Baedeker. Ni se entusiasmaba, como los insípidos ingleses, ante pandéretas, sonajas y toberos. Despreciaba la pintura murillesca extasiándose, con ardor de poseída, al describirnos la bárbara escultura de aquellos feroces tallistas de la escuela castellana que, con cincel o hacha de inquisidor, atormentaron carnes de Cristos y torsos de santos y les hendieron sanguinarias heridas, crujieron huesos y pusieron agónicas miradas o espantosas muecas de ahorcado en Nazarenos amoratados.

Así ella recordaba con admiración y gozo el Cristo terrible de Burgos, «a quien dicen que le crece el pelo», el horripilante de San Juan de las Abadesas, que parece un apache camino de la guillotina, el famoso, en fin, de Santa Clara de Palencia, Cristo de humana carne, espanta niños, pues dicen está cubierto con la piel nada menos que del Almirante Enríquez... Al fin, estos grandes señores explotaron, para vivir, la piel de Cristo: justo es que el desposeído se vengara.

La damita enigmática ya no era la contemplativa

de Fra Angélico, era una mártir de las Catacumbas, que se exaltaba ante el suplicio y veía en Cristo al revolucionario expulsador de mercaderes, compañero anarquista destructor de la podredumbre romana.

¿Quién era aquella misteriosa monja, santa, revolucionaria, visionaria? ¿Santa Teresa, Luisa Michel? ¡Qué sé yo!

Salimos del Museo. Nuestra curiosidad no dejaría perderse aquella vivida novela, tan extraordinaria como toda novela rusa de las del día... Tomamos asiento en un vecino restaurante... La casualidad trajo a nuestras manos un periódico... La casualidad iba a escribir un segundo capítulo de la comenzada novela...

Aquel diario anunciaba el atentado, horas antes ejecutado en San Petersburgo, contra el zar de Rusia Alejandro II. Cuando al salir, gozoso, de militar, brillante, revista aparatosa y adulona, el carruaje trineo de aquel autócrata temido, desembocó en solitario callejón cercano a un helado canal... Un pelotón de cosacos de rojiza barba y túnicas demoníacas, abría paso, *nagáika* en mano... En esto, del

pretil del canal se destacó un hombre, al parecer pacífico contemplador del curso de las heladas aguas. Alzóse un brazo, oyóse terrible estampido... Cayeron, revueltos en montón, lanzando ¡ayes!, los antes orgullosos cosacos... Enrojecióse la nieve. Sobre el montón de heridos caballos, y agonizantes jinetes, cristales y trozos del carruaje, aparecía el zar, envuelto en su capote, cual fantasma viviente que surgiera de la muerte.

—¡Dios me ha salvado!—murmuró, mirando al cielo.

—¡No lo digas!—repitió una voz femenina.

E, instantáneamente, una segunda bomba cayó sobre el tirano, destrozando su cuerpo.

La mano de Sofía Perousky, o Perouskaya, hija del Conde Perousky, dignatario elevado de la Corte, había segado la vida de Alejandro...

Nuestra damita pudo adivinar, por los llamativos títulos del diario, que nosotros leíamos, la tragedia de su patria... Nos arrancó el diario, leyólo, anhelante, devoró sus letras... Sus ojos se iluminaron de gozo, del divino éxtasis con que contemplaba,

momentos antes, a Fra Angélico, y sus manecitas blanca aplaudieron... Con frenético beso pareció devorar a otra dama que la acompañaba... El misterio ya no era misterio, pero la novela llegaba a su momento emocionante.

II

Sofía gozaba de un rayo de sol que penetraba en su blanca salita... Y palmoteaba, corría, como traviesa niña. El cuartito parecía un nido colgado sobre la espesura del bosque, el bosque inmenso de Bolonia, que ciñe el río como cinturón de plata. El perfume de las primeras flores envolvía como dulce caricia, primaveral beso, aquel nidito que alegraba con sus trinos un monótono canario, orgulloso de sus gorjeos como presuntuoso divo, que parecía despreciarnos, pechierguido y pedantesco, al-

zado sobre la frágil caña... Luego, se esponjaba al sol que doraba sus plumas y parecía envolverle como una llama. Sofía se le acercaba, le acariciaba, le mimaba... Mas el vanidoso tenorcillo con plumas mirábala con aquel aire displicente y aun colérico, parecido al del señor loro, que abrillantaba el azabache de sus ojitos, cabecitas de alfiler clavadas en la amarilla librea...

Sofía era una niña... Pudo, por fin, más que el presumido divo, y en fuerza de mimarle, de decirle tan lindas cositas, Su Majestad el tenor, alzándose en la caña, lanzó a los aires su estridente aria, esponjó sus plumas en la vida luz... Sofía palmoreaba de alegría, seguía el canto...

Recordé que Robespierre, impasible ejecutor de la Santa Guillotina, cuando vivía en la calle de Saint Honoré, acogido por su amigo el carpintero, dicen que lloró ante la prematura muerte de un lindo canario.

Porque Sofía, la dulce y sensible Sofía, era aquella misma que días antes saludaba la muerte del zar con igual alborozo... Continuaba el misterio...

Fuimos varias veces a su casa y la hallamos siempre alegre y jovial, como colegiala en asueto. Rara vez cruzaba su frente alguna nube o se fruncía, caviloso, su entrecejo... ¡Y sin embargo!

Azóff, nuestro amigo ruso, hablaba un día en el café, evocaba la gran tragedia...

Odessa, la meridional y, diría que andaluza, ciudad rusa, emporio de vida intensa, semiorienta, semigriega, bañada en el sol primaveral, en el radiante mayo, lucía, seductora, a la luz de sus alegres calles, que desbordaban muchedumbres agitadas, con aquel garbo y bullicioso movimiento campechano de las ciudades meridionales latinas, Sevilla, Barcelona, Valencia, Nápoles, Marsella. Gentes bien vestidas, satisfechas de vivir, como en perpetua fiesta, escaparates lujosos, cafés abarrotados de gente que llamaba a gritos, jugaba con las cucharillas en los vasos, produciendo loca algarabía. ¡Qué contraste con aquel Moscou hambriento, mudo y helado! La «crema de la sociedad» rusa habíase refugiado, huyendo de la revolución, en la seductora urbe donde sin cesar oís orquestas sonoras en embalsamados jar-

dines, dulces y melancólicos cantos ucranianos, infinitas melodías de la nostalgia campesina... ¡Oh alegría, falsa alegría! Odessa gemía bajo el poder oculto de un tirano, de un viejo, terco y cruel general, verdugo implacable del atemorizado pueblo... El general, látigo en mano, hacía levass para incorporar soldados al ejército blanco, en guerra con el rojo del bolchevismo... Quien se negaba a ir a filas era ahorcado en cosa de minutos, o puesto en cruz como los antiguos mártires. Más de nueve mil campesinos habían sido ejecutados, decían al general. En cierto aldeucho ucraniano habían levantado hasta diez y siete patíbulos, donde los infelices condenados aguardaban, en pie, horas y horas, el momento supremo de la muerte. Y el bárbaro general, al leer tan cruel informe del gobernador, había puesto al pie un «Muy bien» que goteaba sangre... Al alborear de trágicos días, sin cesar uno, salían de los negros calabozos procesiones de condenados, fantasmas cubiertos con antifaces, embutidos en sacos blancos, como era de uso en las prisiones zaristas... Una cuerda pendía de la garganta de los condena-

dos, cuyas cabezas, de lívidos ojos moribundos, salían del funerario saco, mortaja y féretro. Ayudados por verdugos aquellos sacos con andar humano, subían, vacilantes, al patíbulo, y pronto, balanceados por siniestros ejecutores, llevaban a lo incógnito la vida de aquellas nobles almas, que luchaban por la redención humana. El general Karikow, el famosísimo verdugo, antes de su almuerzo, y como aperitivo funerario, iba en su negro caballo a visitar los racimos de horca. Cuervos y verdugos se disputaban, ya, la carnaza. ¡Y con qué apetito almorzaba el general, el galoneado cuervo!

Mas en Moscou el organismo de combate juraba exterminar al brutal tirano. Yo he vivido—exclamaba Azoff—el tremendo drama que ningún novelista de los terroristas imaginara; aquellas horas de escalofrío y emoción, de vida y muerte que fueron precursoras de la suprema venganza... Recibí un aviso del Comité tenebroso... El mismo día el general recibía otros parecidos. Era la costumbre. Sobre su mesa de despacho, sobre su mesa de noche, dentro de la servilleta, hallaba, invariablemente, el

funerario aviso: «Prepárate a morir, tirano.» Y sobre las amenazadoras letras aparecía agudo puñal bajo una calavera y dos huesos cruzados... El general buscaba en vano. Bajo la almohada, entre las sábanas, aparecía el siniestro aviso terrorista. Y una noche, cuando, en brazos de una opulenta prostituta, el general gozaba de la vida, entre la camisa de encaje de la hetaira apareció el odiado anónimo... ¡Era para morir de horror! Un compañero y una compañera, rubita ésta, de dulce mirada y maneras aristócratas, hija de un barón de la Rusia báltica, habían de unirse conmigo por sagrado juramento para consumar el atentado. El nombre de guerra de la amazona era Fridka Katestoya, el de su compañero Duboski Floro...

Reunidos los tres, salimos de nuestro escondite en dirección a Odessa... La noche era lluviosa... Bajamos del tren a sufrir, sin cesar, una llovizna fina y fría que alfileraba nuestros cuerpos. De pronto se nos acercó un hombre de rojizas barbas e hizo una seña. Era Bruniski, el compañero fiel. Al acercarse nos dijo en baja voz:

—¡Ojo! Hay lobos grises...

«Lobos grises» o policías venía a ser lo mismo. Y, con efecto, en lo extenso del andén aparecían muchos que husmeaban vagones y viajeros. Sin duda, había habido un soplo...

Pudimos escurrirnos, dormir o no dormir entre hierbajos, pedruscos, calados por la llovizna... Amaneció por fin... Uno de nosotros se escurrió y pudo comprar un pan blanco, ¡bendito pan! Pero la más valiente y audaz era Fridka. Ella bromeaba siempre, nos animaba en la lucha, embalsamaba nuestra soledad con sus perfumes de cultura y un extraño fervor entre revolucionario y místico. Cuando el peligro se acercaba la veáis palmotear, correr como gorrión travieso, ir en busca de la emoción, buscarla como aquellos niños ingenuos que quieren saber lo que contiene el caballito de cartón y por conocerlo lo rompen. Varias veces sus imprudencias infantiles pudieron costarnos caras... Desafiaba a los policías, se burlaba de ellos.

El gobierno militar de Odessa estaba rodeado de hermosos jardines, que la primavera embalsamaba...

¿Cómo hablar de muerte en tan delicioso paraje? Algunas tardes, cuando sentados en un banco, bajo los copudos y floridos árboles que inciensaban el ambiente con sus esencias, olvidábamos la tragedia para bañarnos deliciosamente en la fresca sombra... El general salía de su palacio mirando receloso. Mas le hacíamos reverenciosos saludos. Nuestro aspecto y ropa eran tranquilizadores; el de pacíficos burgueses que tomaban el sol. De noche pudimos agenciarnos un escondrijo a pocos kilómetros de la ciudad. Fridka vivía, en cambio, en lujoso cuarto, en el centro de la ciudad. Pasaba por una rica judía que venía a disfrutar el sol. Los policías le hicieron profundas reverencias... La dinamita y armas quedaron instaladas con el laboratorio en la casa donde dormíamos... Nada sospechaban los esbirros, pero todas las precauciones eran pocas, pues los agentes policíacos y soldados pululaban, metíanse en las casas como insaciables insectos venenosos. No era posible pasar por una calle dos veces: la segunda era preciso ir en sentido inverso, como si se volviera. Para poder observar mejor íbamos separados o cam-

biábamos de traje... Un día, en el que paseábamos por la calle de la Emperatriz, tropezamos de manos a boca con el general. Pudimos saber la hora exacta en que abandonaba su palacio para dirigirse al Estado Mayor. Saludaba, indiferente, al militar salido de sus soldados, convencido de que su vida estaba segura con aquella espesa selva de bayonetas y fusiles... Al cabo de tres minutos desapareció el general en el Estado Mayor... La calle estaba desierta, pero nuestras figuras se destacaban ante los soldados del cuerpo de guardia. El escenario era propicio para el asalto, ¿mas cómo esperar al general sin despertar sospechas? Era preciso aparecer en la calle en el preciso momento, con aire de naturalidad, como desconociendo el paso del general. Espiamos al general. Pudimos saber que de noche, vestido con el traje ucraniano del campo o sencillamente de soldado cosaco, bajaba las escaleras del palacio, brillantemente iluminadas, acompañado de alegres amigos, y se dirigía a un convento de monjas para divertirse... Los trabajos de reconocimiento, la fabricación de bombas, la inquietud dia-

ria, hacían nuestras vidas azarasas; temblaban nuestros nervios. ¡ Ah ! ¡ Quién puede comprender estos momentos ! Cualquier ruido nos parecía el paso de un esbirro... El viento nos traía como lejanas voces de persecución y tortura. El pisar de un transeunte que tras nosotros caminaba parecíanos el de los perros de presa que nos seguían. Un aldabonazo en la puerta nos producía escalofríos. Moríamos de ansiedad... Queríamos mejor morir, mas Fridka, con sus risas, nos animaba. Nos insultaba a veces llamándonos «cobardes», «hombres con pantalones de mujer». Y a un lado se nos representaba el general caído, destrozado; del otro el saco, blanco, de la horca.

Pudimos relacionarnos con algún criado del palacio, que nos reveló interesantes cosas sobre la vida de su amo... Por otro lado, si la policía nos vigilaba, aún nos acosaban más los ¡policías compañeros!, aquellos que, recelosos de nosotros, aleccionados por traidores desengaños, clavaban sobre nosotros ojos avizores y parecía contar los granos del

reloj de nuestra vida... Era preciso, pues, terminar pronto, rápidamente.

Comenzó entonces el período terrible, se acercaba el momento. Mis compañeros— y yo— excitados, ojerosos, con gesto de inquietud y de decisión en que subrayaba sus labios el alma exaltada, haciendo diariamente el sacrificio de la vida, se despedían de sus amigos y de la libertad y los abandonamos para cumplir el espantoso compromiso. Nos acompañaban hasta la esquina de la calle, pasábamos con ellos la hora en que el general estaba en el Estado Mayor; luego se marchaban, esperando de un momento a otro la detonación... Luego, volvían, furiosos ante el fracaso. Hoy había pasado un coche en el momento supremo, otras veces pasaban pobres niños jugando muy cerca del general, o a veces no lo encontraban. Un día, precisamente en el momento favorable, cuando acariciábamos en nuestros pechos las bombas, la tapadera de una de ellas, mal cerrada, saltó y rodó a los pies del general. ¡Terrible momento! Fridka se inclinó, y con admirable sangre fría recogió la tapadera indiferente y sonrien-

do... Temblábamos; nuestras vidas pendían de un hilo... Fridka llevaba la bomba en un termo, la cubierta de él no podía, pues, inspirar sospechas... Habíamos de cambiar constantemente de traje y de aspecto para no ser conocidos. Uno de nosotros, Borisky, parecía cansado y quiso sustituirle un camarada; mas al siguiente día hubo de retirarse, porque Borisky, como poseído de nueva vida, llameándole los ojos, volvía a su trabajo... Había que pensar en la fuga una vez realizado el asalto. Consistía el plan en arrojar la bomba desde un coche y, aprovechando la confusión, huir, huir, a todo galope; luego abandonar coche y caballo, tomar una barca y desaparecer. El caballo y el coche estaban dispuestos, vencidas las dificultades; mas Borisky no aceptaba la fuga. Como los primitivos mártires cristianos, quería entregarse a sus enemigos para que su sacrificio sirviera de ejemplo a una sociedad caduca. El proceso divulgaría las doctrinas y la vida valía poco ante la salvadora ideología... La sangre de Borisky fecundaría nuevas mieses, la futura cosecha. Borisky era un evangelista, y constantemente

repetía sentencias bíblicas: «Si el trigo cae en tierra y no muere, queda sola; pero si muere traerá una rica cosecha.» Sus ojos brillaban de alegría pensando en la muerte. ¡Así tanto ruso, mártires de la idea, cristianos primitivos de las Catacumbas, que morían por acabar con los nuevos titulados cristianos, hipócritas y traidores a Cristo. Rechazaba toda idea de salvación. «Que consigamos lo que buscamos: lo demás importa poco», decía, corajudo y animoso. «Bendíceme madre—escribía a la suya—, y no me censure; soy feliz como si viera el cielo.» ¡Cuán magníficas palabras! Iguales podrían pronunciarse ante los leones en el Circo. La carta no llegó a su madre, pues la interceptó el juez, y aquel imbécil nunca pudo comprender que se pidiera a una madre la bendición antes de matar... A final de julio, una noche le dejamos en la esquina de la calle. Al cabo de un cuarto de hora volvió sin haber podido hallar al general, que sin duda gozaba orgías en el convento de monjas. Pasaron días de viento y lluvia. Brilló, por fin, el sol. Un día, y cuando hablábamos, tranquilos, Borisky hizo un brusco mo-

vimiento, y sin estrecharnos la mano embocó la trágica calle... A poco oímos una detonación. ¿Habrá muerto el general, estallado la bomba sobre el cuerpo de Borisky, aquella bomba que con tan intensa emoción llevaba sobre sí días y días, que era como su segundo corazón palpitante y ardiente, la que acariciaba con leonina garra, gozando en su venganza, con la delectación del esclavo que rompe su cadena? Huímos todos... Corrían las gentes alocadas.

«El general ha muerto», gritaban. «El jefe muerto.» «El general vive, pero su ayudante ha muerto.»

Poco después grabábamos una cruz en la corteza de un castaño del jardín botánico. Era la señal convenida con los camaradas para decirles que el plan estaba ya realizado... Huímos, huímos anhelantes... ¡Periódicos! ¡Oh emoción! Los diarios decían que el general estaba agonizando, que su matador huyó. Había muchos detenidos... Al siguiente día sonaban las campanas de la Catedral anunciando el funeral temido. «Davanti lui tremaba tutta Roma»—grita la Tosca cuando asesina al Conde Scarpia. «Ante el general temblaba toda Odessa.»

III

Días después era Borisky ejecutado. Habíase entregado a las autoridades de Odessa... ¡Su obsesión! Mostróse magnífico ante sus jueces militares. Condenado a muerte, fué arrojado por los soldados sobre la paja húmeda del calabozo, como un perro muerto. Golpearon su rostro y pasaron las espuelas sobre su faz sangrienta. Manos y pies fueron ligados por cordeles que crujían manchados de sangre. Luego fué torturado. A las cinco de una lluviosa mañana, un pelotón de soldados, envueltos en capotes grises, entraban en el calabozo precedidos del verdugo, un condenado que se prestó a tan bajo oficio. El ejecutor, envuelto en capa grisácea, innoble figura, de rapado presidiario, esperaba, riendo cínicamente, bajo un poste telegráfico al cual estaba atado un dogal. En lo alto del poste aparecía un cartel: «*Borisky, asesino del general*» Bo-

rinsky, sonreía; sus azulinos ojos miraban al cielo... Poco después su cuerpo pendía del afrentoso poste...

Fridka, presa luego y condenada a muerte, pudo escapar de la prisión...

IV

Y ahí la veis—terminó Azóff—. Esa dulce Sofía que veis, es ¡Fridka!

Oíamos revolotear en la jaula el asustado canario... Sofía Fridka, la sublime gran niña, jugaba con el prisionero. El sol los envolvía. ¡Un idilio!

Y la vocecia de cristal de la terrible Fridka, ahora la dulce Sofía, acariciaba al pájaro con sus gorjeos.

—Rico, monín, ¿quién te quiere a tí?—decía.

Rodrigo Soriano

¿Queréis conocer la debilidad increíble del catolicismo? Leed el número 7 de la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, titulado

La ignorancia de Jesucristo

por

AUGUSTO VIVERO

Es éste uno de los trabajos que más contribuirán a liberar las conciencias del opio absurdo de la Religión de Roma.

La ignorancia de Jesucristo

se agotará en seguida, como los anteriores números de la formidable colección, contra la cual actúa el beaterio, la Prensa seudorepublicana y todo el clericalismo que se ha incrustado en los puestos oficiales de la República.

Ejemplar, 25 céntimos.

Pedidos a

EDICIONES LIBERTAD

Roma, 41. - MADRID

A reembolso, con derecho a devolución, 30 por 100 de descuento.

Ayuntamiento de Madrid